

¿DÓNDE ESTÁ NUESTRA FUERZA?
EL FUTURO DE LA IGLESIA DE LOS POBRES

Pablo Richard

*"La fe es una manera de poseer
ya lo que se espera; un medio
para conocer las realidades que
no se ven" (Heb 11,1).*

Ya hemos definido en muchas ocasiones el modelo de Iglesia llamado Iglesia de los pobres. Lo que necesitamos ahora es descubrir dónde tenemos la fuerza espiritual y teológica para construirlo. El presente artículo por lo tanto no busca una definición teórica de la Iglesia de los pobres, sino más bien diseñar el perfil o proyecto histórico de este nuevo modelo de Iglesia, que nos permita encontrar la fuerza para construirlo.

La Iglesia de los Pobres es el único modelo de Iglesia hoy en América Latina que no está en crisis: sabemos lo que somos, dónde estamos y hacia dónde caminamos. Pero es un modelo de Iglesia conflictivo, perseguido, incomprendido, temido y casi siempre, distorsionado. La Iglesia de los Pobres nace en contradicción, no con la Iglesia, pero sí con otros *modelos* de Iglesia; debe enfrentar fuertes tendencias restauradoras en la Iglesia y tremendas contradicciones en la sociedad. Es por eso que necesitamos

preguntarnos si este modelo de Iglesia llamado Iglesia de los Pobres es realmente posible y factible; si tiene razonablemente un futuro. Nuestra respuesta es positiva: la Iglesia de los Pobres tiene futuro y es un proyecto creíble y posible; pero, entonces, surge *otra* inquietud: ¿dónde está nuestra fuerza para construirlo? Eso es lo que buscamos responder en este artículo.

El perfil histórico de la Iglesia de los Pobres que aquí esbozaremos será una sistematización crítica de una experiencia *ya existente*. Pero fundamentalmente hablaremos de una realidad del *futuro* y de una realidad *invisible*. Es por eso que este artículo lo escribimos inspirados por una fuerte fe. Es la fe-esperanza la que nos permite "poseer ya lo que se espera" y "conocer lo que no se ve" (cf. Heb 11, 1). Cuando no se tiene ni fe ni esperanza es imposible poseer el futuro y ver lo invisible. Con este artículo queremos también contagiar a toda la Iglesia con esa fe y esperanza en el futuro y en lo invisible. Es esto lo que hemos aprendido en las Comunidades Eclesiales de Base, especialmente en América Central.

Aunque ya lo hemos dejado muy claro en múltiples artículos y libros, es importante repetir una vez más que la Iglesia de los Pobres no es una Iglesia paralela, clandestina, antiinstitucional o antijerárquica; es únicamente un nuevo *modelo* de Iglesia, cuyo objetivo es la renovación de la Iglesia, realizada al interior de la unidad de la Iglesia y en comunión con nuestros obispos. Es un modelo de Iglesia que nace como respuesta de fe de los pobres y oprimidos a la acción evangelizadora de la Iglesia. La Iglesia de los pobres no es una secta ni excluye a nadie; pretende reconstruir la vocación universal de la Iglesia, pero desde la perspectiva espiritual de los pobres. El objetivo de la Iglesia de los pobres, como todo nuevo modelo de Iglesia a lo largo de su historia no es el de imponer totalitariamente este modelo a todo el mundo, sino únicamente defender la posibilidad y legitimidad de construir una Iglesia en el mundo de los pobres que haga creíble el evangelio y haga posible la evangelización

liberadora de los oprimidos.

1. La espiritualidad liberadora: raíz profunda de nuestra fuerza.

Dios vive y se revela en el mundo de los pobres y en sus luchas de liberación. Esta presencia y revelación privilegiada de Dios en el corazón del pueblo es la raíz profunda de nuestra fuerza; de ahí nace y desde ahí se fortalece el proyecto de la Iglesia de los pobres.

La espiritualidad liberadora es la capacidad de vivir, discernir y expresar esta presencia y revelación de Dios entre los oprimidos. Esto exige una fe sólida y un espíritu fuerte que sepa descubrir y resistir esa inquietante presencia de Dios que nos ama primero y nos sale al encuentro en el mundo de los pobres. Esta espiritualidad sólo puede desarrollarse por el silencio, por la contemplación, la oración y la capacidad espiritual de discernir y combatir. La Iglesia de los Pobres crece en la medida de su espiritualidad y ahí encuentra su fuerza fundamental.

Lo que destruye nuestra espiritualidad no es el ateísmo, sino la *idolatría*. Los ateos que encontramos en el mundo popular, normalmente son militantes y son nuestros mejores amigos; nos desafían y nos exigen. El peligro *real* para nuestra espiritualidad es la idolatría. Esta puede desarrollarse *por perversión* de la imagen o del sentido de Dios verdadero o puede desarrollarse *por sustitución* del Dios verdadero por otros ídolos. Nuestra espiritualidad debe ser capaz de discernir y combatir toda perversión idolátrica, toda distorsión del sentido de Dios; igualmente debe saber discernir y combatir los falsos ídolos: aquellas realidades humanas que el hombre puede transformar en seres absolutos como el dinero, el capital, el mercado, el consumo, el prestigio, el poder, la organización, la seguridad; también personas o instituciones.

El *discernimiento* ha sido tradicionalmente la fuerza o virtud espiritual fundamental. En la espiritualidad liberadora ese discernimiento lo realizamos entre el Dios de la

vida y los ídolos de la muerte. No es un discernimiento puramente individual o inmaterial, sino un combate fundamentalmente eclesial y comunitario, vivido a la luz de la fe en el corazón de las luchas del pueblo. De este modo nuestra lucha no es solamente económica, política, ideológica, sino también y fundamentalmente es *una lucha espiritual*. El reconocimiento del Dios de Jesucristo contra toda idolatría, es una verdadera *revolución espiritual* al interior de los procesos históricos. En esta lucha espiritual está nuestra fuerza, que sólo puede crecer perseverando en la fe, el silencio y la oración.

En todo discernimiento es necesario tener un *criterio*, un instrumento, que nos permita discernir o juzgar. Cuando el combate espiritual es más violento, estos criterios de discernimiento se hacen aún más necesarios. En nuestra espiritualidad el criterio fundamental de discernimiento espiritual es la Biblia (también lo son el testimonio, los mártires, la comunidad, la tradición, la historia, etc...). El texto bíblico tiene un *sentido histórico*, que nos da testimonio de la revelación de Dios en el pasado; pero el mismo texto tiene simultáneamente un *sentido espiritual*; el texto es fuerza y luz para descubrir la presencia y revelación de Dios en el presente. Para discernir el Dios de la vida de los ídolos de la muerte, la Biblia con su fuerza espiritual es el criterio fundamental. El Dios de Abraham, de Moisés, de los profetas, de los Salmos; el Dios de Jesús, el Dios del Reino lo reconocemos, con la ayuda de la Biblia, hoy en el mundo de los pobres.

Nuestra espiritualidad liberadora discierne y descubre un Dios "diferente", nuestra espiritualidad debe marcar esa diferencia. Es muy peligroso hablar en abstracto de "Dios"; no basta decir que creemos en Dios, debemos precisar *en cual* Dios creemos. Igualmente no es significativo que alguien diga ser ateo; debe precisar *de cual* Dios es ateo. La espiritualidad de las comunidades afroamericanas, ha marcado la diferencia diciendo "Dios es negro"; igualmente la espiritualidad feminista al decir "Dios es Ella"; nosotros en América Latina marcamos la diferencia orando al

"Dios de los Pobres". Debemos decir con nuestra vida, nuestro testimonio, nuestro tipo de comunidad eclesial, *en cual* Dios creemos. No basta demostrar la existencia de Dios; mucho más difícil es demostrar que Dios está en nuestra historia al lado de los pobres y la justicia. Si esto somos capaces de hacer, entonces somos fuertes y tenemos fuerza para construir la Iglesia de los Pobres, la Iglesia que cree realmente en el Dios de los pobres.

2. Transformación positiva de la conciencia religiosa popular.

La espiritualidad es *la raíz* profunda de la fuerza de la Iglesia de los Pobres, pero esta raíz debe crecer en *la tierra* también profunda de la conciencia religiosa popular (CRP). La CRP se expresa en la religiosidad popular y en muchas otras manifestaciones religiosas de origen indígena y afroamericano. El cambio acelerado que sufre América Latina está transformando seriamente la CRP; especialmente inciden en ella los procesos revolucionarios. En esta transformación de la CRP son pensables tres estrategias posibles. *La estrategia conservadora* que busca manipular la CRP en contra de los cambios. *La estrategia liberal-positivista* (y la de ciertos sectores marxistas ortodoxos) que desprecia e ignora la CRP, pues piensa que el proceso de modernización y secularización hará desaparecer esta CRP. *La estrategia liberadora*, que postula la posibilidad de una transformación positiva de la CRP, positiva en un sentido teológico (evangelización de la CRP) y en un sentido político (liberación de la CRP e integración de una nueva conciencia, sin perder su identidad fundamental).

Esta transformación positiva de la CRP es posible solamente cuando existe la expresión pública de una Iglesia de los Pobres y también cuando las organizaciones políticas populares tienen una actitud acertada y positiva hacia la CRP. Si estas dos condiciones no se dan, lo más posible es que se imponga la estrategia conservadora (manipulación de la CRP) o la liberal positivista (destrucción de la CRP). De ahí la importancia de una Iglesia de los

Pobres que sea capaz de evangelizar la CRP y enraizarse en ella por el crecimiento de una espiritualidad liberadora.

La CRP representa actualmente hoy en América Latina una *conciencia religiosa alternativa* a la "religión oficial" de la cristiandad. El pueblo *cumple* con algunas *leyes* religiosas del sistema dominante, pero *vive* su *propia* práctica religiosa. El gran desafío para la Iglesia de los Pobres está en su inserción en esa conciencia religiosa alternativa y en su evangelización, para transformarla positivamente y asumirla como Iglesia. Utilizando la imagen de un ice-berg podemos decir que las Comunidades Eclesiales de Base (con sus agentes de pastoral y sus instituciones) son la parte pequeña y visible del ice-berg; el cuerpo del ice-berg, invisible debajo del agua, es el influjo liberador y evangelizador de las comunidades eclesiales en la CRP. La Iglesia de los pobres no es sólo la suma de todas sus organizaciones visibles, sino que incluye también toda su fuerza evangelizadora (invisible e inconmensurable) de esa CRP.

¿Es posible realmente evangelizar la CRP? Sí, ciertamente. En *primer* lugar porque esa CRP contiene ya muchas semillas y gérmenes del evangelio. A pesar de cinco siglos de manipulación y alienación, el evangelio ha penetrado ciertamente en la profundidad del alma y la cultura religiosa popular. En *segundo* lugar creemos en la presencia y revelación privilegiada de Dios en el mundo de los pobres. En el clamor religioso de los pobres sentimos realmente la voz de Dios. En *tercer* lugar, el testimonio mismo de la Iglesia de los Pobres (desde Bartolomé de las Casas hasta hoy) que ha ido penetrando la memoria religiosa popular. Y, por *último*, los procesos populares y revolucionarios, que no sólo tienen un impacto secularizador, sino también dinamizador de una espiritualidad popular de la vida y la justicia que también tiene una fuerza liberadora y purificadora de la CRP.

La Iglesia de los Pobres tiene una fuerza irresistible en la medida que transforma positivamente la CRP y esto es posible si multiplica los testimonios, los símbolos,

las presencias evangelizadoras en medio del pueblo pobre. Nadie puede negar la fuerza evangelizadora que tuvo y que tiene hoy la figura de Mons. Romero, y tantos miles de mártires en América Latina. No podemos transformar la CRP únicamente por un trabajo de persona a persona, es necesario la evangelización *masiva* a través de signos visibles y creíbles a la conciencia y memoria colectiva del pueblo, que puedan ser asumidos por la CRP. Ahí está nuestra fuerza y nuestro futuro como Iglesia de los Pobres.

3. Inserción de la Iglesia en el mundo de los pobres.

¿Dónde está nuestra fuerza? En el pueblo; en nuestra capacidad de enraizarnos y encarnarnos en el pueblo. Nuestras instituciones, organizaciones, revistas, libros, teólogos, etc... son importantes, pero finalmente nuestra fuerza y nuestro futuro está entre las mayorías populares de América Latina: entre los campesinos, los indígenas, los negros, los marginados en las grandes ciudades, las mujeres y los jóvenes del mundo popular, etc... también nuestra presencia, como Iglesia, en el movimiento popular, ese pueblo organizado y consciente que está en movimiento: el pueblo militante. La Iglesia de los Pobres, como Iglesia, es parte del pueblo y el pueblo debe sentirse en ella como en su propia casa. La Iglesia de los Pobres no excluye a nadie, pero convoca a todos desde el pueblo pobre y creyente. La Iglesia que opta por el pueblo es la Iglesia por la cual el pueblo también opta. La Iglesia se hace pueblo y el pueblo irrumpe en la Iglesia. Aquí está nuestra fuerza y nuestro futuro.

La inserción de la Iglesia en el mundo popular no es algo puramente físico y externo; hay una dimensión más profunda que últimamente hemos llamado en América Central la "lógica de las mayorías", que es la lógica de la vida y la lógica de la justicia. Cuando hablamos de lógica, no entramos todavía en una discusión técnica, científica, ideológica o política; no hablamos de modelos de desarrollo; tampoco estamos definiendo programas

u objetivos. Lo que llamamos "lógica" o "tradicionalidad" es anterior a todo esto; es algo más profundo y fundamental, mediante lo cual, posteriormente, podemos discutir objetivos o toda clase de problemas políticos o técnicos. El problema de la "lógica" es el problema de lo racional, lo verdadero, lo bueno, lo bello. Desde la perspectiva de los pobres, de los oprimidos, de las mayorías, nos preguntamos qué es lo más lógico, lo más racional, lo más verdadero, bueno y bello. La Iglesia será realmente Iglesia de los Pobres si asume esta lógica de las mayorías. Ahí está su fuerza.

Los elementos esenciales y constitutivos de esta lógica de las mayorías son tres; tres dimensiones de una misma racionalidad:

Primero: vida para todos. Vida humana que significa concretamente: tierra, trabajo, comida, salud, casa, educación, medio ambiente, descanso, celebración. Lo lógico, lo racional, lo verdadero, lo bueno y lo bello es que todos (no sólo algunos) tengan tierra, trabajo, comida, etc... El desempleo, el hambre, la enfermedad, la ignorancia, etc. es ilógico, irracional, falso, malo y feo. Se trata de asumir la vida humana concreta como criterio de racionalidad, de verdad, de bondad y belleza. Este criterio es válido para la economía, la política, la ética y la espiritualidad. En este nivel de lógica fundamental la "tierra" es un problema y un imperativo tanto económico, político, cultural, como también ético y espiritual. La vida humana como criterio fundamental de racionalidad lo cuestiona y lo desafía todo, incluso la realidad misma de Dios como tan nítidamente aparece en la famosa frase de San Ireneo: *Gloria Dei vivens homo* (la Gloria de Dios es el ser humano vivo).

Segundo: el pueblo como sujeto de la historia. Este elemento constitutivo de la lógica de las mayorías contradice la lógica del sistema dominante, donde el sujeto es siempre el dinero, la tecnología, las armas, etc... En nuestra racionalidad es el pueblo, en cuanto organizado y consciente, el sujeto de la historia. Este sujeto ciertamente necesita

tecnología, dinero o armas, pero la clave del progreso de la historia es el mismo pueblo de los pobres, como movimiento organizado. Cuando hay un problema, los que siguen la lógica del sistema piensan sólo en los Bancos Internacionales, las Compañías Transnacionales, los cuerpos militares... pero nunca confían en la capacidad creativa del pueblo. En el Tercer Mundo nuestra gran riqueza es el pueblo movilizado, que realmente puede resolver los problemas básicos de la producción, la salud, la educación, etc... En Nicaragua, por ejemplo, la campaña de alfabetización y de salud fue realizada con medios económicos y tecnológicos mínimos; el éxito estuvo asegurado por la masiva y organizada participación del pueblo. También hoy día la defensa de la revolución está fundamentalmente en manos del pueblo. El Gobierno no pone su confianza estratégica en las armas o en la organización militar profesional. En este terreno el enemigo es invencible; pero un pueblo movilizado y combatiente difícilmente puede ser derrotado. Sandino seguía la lógica de las mayorías cuando dijo: "... sólo los obreros y campesinos llegarán hasta el fin".

Tercero: la identidad popular. Todo aquello que identifica al pueblo como pueblo es esencial en la racionalidad popular de las mayorías. El pueblo se identifica como sujeto por su *nacionalidad, su cultura y su religión*. El pueblo rechaza como irracional y falso, todo aquello que contradiga su identidad nacional, cultural o religiosa. También entra aquí como identidad específica, la participación y liberación de la mujer. Ciertamente el pueblo se moviliza por intereses económicos y políticos, pero la toma de conciencia de estos intereses no puede darse en contradicción con la identidad cultural (étnica-racial), nacional, religiosa de un pueblo o contra la identidad específica de la mujer. Los pueblos indígenas entienden la vida humana corporal como plena realización de su propia riqueza étnica y cultural. El pueblo creyente busca una nueva organización social que sea coherente con sus valores religiosos y espirituales. La mujer lucha por una nueva sociedad donde no solamente haya trabajo, casa y comida, sino donde

también ella pueda realizarse como mujer. Muchas organizaciones sociales y políticas han fracasado en la movilización popular por no entender la identidad popular como un elemento esencial de la lógica de los pobres y oprimidos. Debemos romper con la lógica racista, etnocéntrica, secularista, sexista y anti-nacional del sistema de las élites dominantes.

La Iglesia de los pobres se inserta profundamente en el pueblo en la medida que asume esta lógica o racionalidad de las mayorías. La Iglesia debe pensar su propia identidad y misión utilizando como instrumento racional la lógica de la vida o lógica de las mayorías. Debemos asumir la vida corporal para todos, la capacidad del pueblo como sujeto y su propia identidad nacional, religiosa y cultural como criterio de verdad, racionalidad, bondad, belleza, tanto en nuestra espiritualidad y reflexión teológica, como en nuestra tarea evangelizadora. Es así como la Iglesia de los Pobres asume el "alma" popular, su espíritu y misterio más profundo, su lógica, su verdad y su belleza. ¡Ahí está nuestra fuerza!

La Iglesia de los Pobres se inserta en el pueblo asumiendo la lógica de la vida o racionalidad popular, pero esto no basta. América Latina es un continente cristiano y la Iglesia también tiene una responsabilidad política con los grandes problemas técnicos del desarrollo y de la organización social. La Iglesia de los pobres debe enfrentar estos problemas utilizando la lógica de las mayorías, pero también participando políticamente en la búsqueda de soluciones. La inserción de la Iglesia en el pueblo de los pobres implica una respuesta política de la Iglesia. *En primer lugar* la Iglesia de los Pobres participa en la vida política, cuando hace, como Iglesia y sin dejar de ser Iglesia, una opción preferencial por los pobres. La Iglesia es el signo visible de la opción preferencial del mismo Dios por los pobres y oprimidos. Esta preferencia de la Iglesia marca ciertamente una corriente política en la cual la Iglesia entra con criterios especialmente religiosos y teológicos. *En segundo lugar* la Iglesia asume su

responsabilidad política con el pueblo pobre a través de la militancia política de los cristianos. La Iglesia de los Pobres prepara militantes responsables y los orienta hacia el compromiso político; los acompaña también pastoralmente creando Comunidades Eclesiales de Base donde ellos puedan celebrar y reflexionar su fe vivida en el compromiso político. *Por último*, la Iglesia se inserta responsablemente en la realidad política del pueblo desarrollando una Doctrina Social específica de la Iglesia y una correspondiente Pastoral Social. La fuerza de la Iglesia está, por lo tanto, también en su capacidad de responder políticamente, como Iglesia, a los problemas de vida o muerte que sufre América Latina. La Iglesia tiene los medios espirituales, doctrinales, teológicos y eclesiales para hacerlo y es ahí donde está su fuerza.

4. Las Comunidades Eclesiales de Base

En los tres capítulos anteriores hemos descrito la fuerza que viene de la *raíz*: de la espiritualidad liberadora, de la transformación positiva de la conciencia religiosa popular y de nuestra inserción como Iglesia en el mundo de los pobres. Ahí está nuestra fuerza principal y desde ahí debemos renovar continuamente la Iglesia de los Pobres. Cuando vengan los conflictos, las contradicciones y las persecuciones, debemos volver siempre a la raíz: a la espiritualidad, a la conciencia religiosa del pueblo y a la vida profunda en el mundo de los pobres. El árbol de la Iglesia de los Pobres crecerá robusto si tiene raíz sana; por el contrario, si la raíz está enferma, toda apariencia de fuerza será un engaño. En este nuevo capítulo iremos de la raíz al tronco. Este *tronco* son las Comunidades Eclesiales de Base (CEB). Aquí no definiremos teóricamente a las CEB. Sobre esto se ha escrito ya mucho. Queremos solamente mostrar cómo en las CEB está la fuerza de la Iglesia de los Pobres. Como todo este artículo, se trata de una reflexión más estratégica que teórica.

En primer lugar queremos recordar lo básico: las CEB tienen fuerza en la medida que son una *comunidad*, una

comuni3n, una koinon3a; la Iglesia es vivida como comuni3dad y como comuni3n de muchas comunidades. Cuanto m3s comuni3dad, mayor fuerza. Pero se trata tambi3n de una comuni3dad *Eclesial*. Cuanto mayor sea la identidad eclesial de la CEB mayor es su fuerza. Pero lo m3s novedoso y exigente, es que se trata de una comuni3dad eclesial de *Base*. Se trata de la Iglesia constituida en la base y desde la base. Cuanto m3s de base es una CEB, mayor es su fuerza. Cuando hablamos de base, nos referimos a la base humana, geogr3fica, social, pol3tica, 3tnica, racial. La CEB es la Iglesia que nace de la fe de los pobres, de los ind3genas, de los negros, de los movimientos sociales, de las luchas de liberaci3n de la mujer, etc... Hay CEB cuando hay una identidad *eclesial, de tipo comunitario*, inserta en la *base*. Si uno de los tres elementos se debilita, la Iglesia de los Pobres pierde su fuerza.

En el perfil o proyecto hist3rico de la Iglesia de los Pobres el elemento estrat3gico clave es la *participaci3n*. La participaci3n de los pobres y oprimidos en la Iglesia como *sujetos hist3ricos*. Los pobres siempre fueron *objeto* en la Iglesia de la Cristiandad: objeto de evangelizaci3n, objeto de atenci3n sacramental y pastoral, objeto de caridad. El lugar estrat3gico donde se da esa participaci3n de los pobres como sujeto es la CEB. En la CEB todo el mundo puede participar, pero muy especialmente los que desde siempre fueron marginados: los ind3genas, los negros, las mujeres, los campesinos, los obreros, los intelectuales comprometidos. La Cristiandad, como parte de una estructura de dominaci3n econ3mica, pol3tica, cultural, religiosa, racista, etnoc3ntrica y sexista, dif3cilmente puede abrir una posibilidad real de participaci3n a los oprimidos. Sobre la Cristiandad pesa adem3s la memoria hist3rica del genocidio ind3gena, de la legitimaci3n de la esclavitud, de la opresi3n secular de la mujer... ¿c3mo podr3an participar en ella los ind3genas, los negros, las mujeres? S3lo en el nuevo modelo de Iglesia, que es la Iglesia que nace de las CEB, puede darse una real y aut3ntica participaci3n de los oprimidos.

La participación de los pobres en las CEB nace de una experiencia de fe: su participación es la respuesta de fe a la acción evangelizadora de la Iglesia.

La participación de los pobres en la Iglesia no es un hecho puramente sociológico o espontáneo, sino que es producto de la misma espiritualidad liberadora de la Iglesia vivida al interior del mundo popular; es fruto de la evangelización de la conciencia religiosa popular y de la inserción de la Iglesia en el mundo de los oprimidos. Los pobres participan como sujetos en la Iglesia, porque la Iglesia ha generado un movimiento espiritual entre los pobres.

La participación de los pobres en las CEB es una participación *creativa*. Los pobres participan creando en la Iglesia un nuevo lenguaje, una nueva simbología, un nuevo "ritmo", nuevas formas litúrgicas, nuevas oraciones nuevas relecturas bíblicas, nuevas reflexiones teológicas, nuevos ministerios, etc... No es una participación repetitiva, sino creativa, y es una creatividad a partir de la propia identidad cultural, religiosa, étnica, racial, humana, de los grupos oprimidos. Esta participación creativa de los oprimidos no se da en forma inmediata, sino muy a largo plazo, cuando se persevera en una pastoral de Comunidades Eclesiales de Base y cuando se cree realmente en la capacidad creativa del pueblo como sujeto; cuando se desarrolla una pastoral que asume la "lógica de las mayorías" (cf. capítulo tres). Insistimos que esta participación creativa de los pobres en la Iglesia difícilmente puede darse en un modelo de Iglesia de Cristiandad; sólo puede darse en las CEB en el nuevo modelo de Iglesia de los pobres. Es el nuevo modelo de Iglesia y la creación de CEB lo que hace posible la participación creativa de los pobres en la Iglesia; y a su vez, es la participación creativa de los pobres lo que hace surgir y lo que fortalece a la CEB y al nuevo modelo de Iglesia. La fuerza de las CEB y de la Iglesia de los pobres está por lo tanto en esta participación espiritual y creativa de los pobres y oprimidos como sujetos en la Iglesia. ¡En esa participación está nuestra fuerza!

Esta participación creativa del pueblo en la Iglesia es una verdadera construcción de la Iglesia desde la base. Es todavía un proyecto futuro, pues todavía se ha hecho poco en este sentido, especialmente si consideramos la participación creativa de los indígenas, los negros y la mujer. ¡Pero ya sabemos que por ahí podemos crecer y que ahí está nuestra fuerza!

Un elemento muy importante que quisiéramos destacar es la renovación, en la Iglesia de los Pobres, de la *Estructura Ministerial de la Iglesia*. Aquí partimos de algunas experiencias muy ricas, que anuncian un futuro diferente y también posible. En las CEB se ha ido configurando un tipo de *ministerio local* con las siguientes características: son laicos, que tienen ya una profesión civil (son campesinos, artesanos, obreros, zapateros, panaderos, etc...) y que asumen el ministerio como una función (como un servicio a la comunidad). Se trata por lo tanto de un ministerio laical, funcional (no profesional). La personalidad del ministro está marcada por ese carácter laical. Son profesionales laicos en el pueblo, que ejercen además una función ministerial en la Comunidad Eclesial. En segundo lugar son ministros profundamente enraizados en la realidad local, geográfica, social, racial, cultural y religiosa en la cual viven. Son ministros que no han sido desarraigados o desclasados, desculturizados. Son, por lo tanto, ministros que son indígenas, negros, de cultura campesina u obrera, etc... En tercer lugar son ministros normalmente casados y con familia. La familia los enraíza aún más en la realidad en la cual viven; son ministros del lugar, que no necesitan desplazarse a distancias muy largas. Estos ministros locales, laicos, enraizados y casados, asumen la responsabilidad de la vida eclesial en sus propios lugares: realizan la catequesis de niños y adultos; catequesis preparatoria al bautismo, comunión, confirmación y matrimonio; predicán la Palabra los domingos; visitan los enfermos; sepultan a los muertos; acompañan espiritualmente al pueblo y lo representan públicamente como Pueblo de Dios ante la población civil y autoridades políticas.

Creemos que este tipo de ministerio local es todavía incipiente, muy limitado, controlado y muchas veces suplantado o sustituido por otras estructuras ministeriales. Creemos que el futuro de la Iglesia de los Pobres en gran medida descansa en estos ministros locales; será el ministerio local lo que permitirá un real enraizamiento o inculturación de la Iglesia en las mayorías populares.

Además de valorizar este ministerio local, debemos redimensionar y reestructurar otro tipo de ministerio que podríamos llamar itinerante. Las características de los ministros itinerantes serían las siguientes. Son en primer lugar consagrados; el ministerio en este caso no es una función sino una profesión (en el sentido que se dedican *enteramente* al ministerio), además viven consagrados a la oración, al estudio. En segundo lugar son célibes, normalmente viviendo en comunidad. Finalmente, lo que no contradice todo lo anterior, son itinerantes; su misión es visitar las comunidades y crear comunidades nuevas; su función no es fundamentalmente la de enraizar la Iglesia, sino de crear nuevas iglesias y mantener la comunión entre todas ellas. Creemos que se debe distinguir lo más posible estos dos tipos de ministerios: el local y el itinerante. No exigirle a uno lo que es propio del otro; ni que uno sustituya o suplante al otro. Por ejemplo, el ministro itinerante no debe normalmente sustituir al ministro local y el ministro local no debe convertirse en itinerante. Los dos ministerios son importantes e insustituibles para el enraizamiento y crecimiento de la Iglesia. Una cuestión discutida, pero que debería ser planteada desde ahora y que debería estar en el proyecto de este nuevo modelo de Iglesia, es que los ministros locales deberían ejercer el ministerio pleno, es decir, que deberían ser ordenados para celebrar la Eucaristía. Si los ministros locales son ministros de la Iglesia local y la Eucaristía es la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia ¿qué razón podría haber para no ordenar estos ministros locales, laicos, casados, enraizados, como ministros de la Eucaristía? Otro punto más discutido aún, pero que debería estar ya en el perfil de la Iglesia de los Pobres es la participación

de la mujer en los dos tipos de ministerio: local e itinerante; en ambos casos, participación plena con ordenación y capacidad de celebrar la Eucaristía. Si bien sabemos que estos dos planteamientos son algo del futuro, debemos ya en la fe caminar en esa dirección, esperando la maduración de tiempos nuevos. En todo caso podemos decir que *no hay futuro posible* para la Iglesia con la *actual* estructura ministerial; está atrasada en más de cien años. La Iglesia de los Pobres sólo podrá crecer y fortalecerse con una nueva estructura ministerial, especialmente con una *multitud* de nuevos ministerios *locales* (laicales, funcionales, enraizados). ¡Ahí está nuestra fuerza!

Un último punto que quisiéramos destacar en las CEB es el *Ecumenismo*. Aquí también encontramos fuerza para construir la Iglesia de los Pobres y fortalecerla hacia el futuro. El ecumenismo debe ser una característica *esencial* en la Iglesia de los Pobres y debe nacer de la experiencia misma de las CEB. La raíz del ecumenismo está en la concepción de la Iglesia como servidora del Reino de Dios. La Iglesia no está al servicio de sí misma, sino de Dios. La Iglesia es algo relativo; lo único absoluto es el Reino de Dios. En la medida que las Iglesias se centran en el servicio al Reino de Dios en medio de los pobres, en esa medida puede nacer un nuevo espíritu ecuménico. El pueblo de Dios no es propiedad privada de ninguna Iglesia, es justamente *de Dios*. Buscamos el Reino de Dios, no el Reino de alguna Iglesia poderosa. El ecumenismo impulsa a las CEB y a la Iglesia que nace de ellas a renovarse en función del Reino de Dios. El ecumenismo obliga a las Iglesias a relativizarse, a salir de ellas mismas y a ponerse al servicio del Reino de Dios. Sin ecumenismo no puede haber Iglesia de los Pobres. Desde las CEB podemos renovar el ecumenismo y reconstruir la Iglesia toda. ¡En el ecumenismo también está nuestra fuerza!

5. La fuerza de la reflexión teológica.

No hay *vida* sin conciencia o *teoría* nueva. No podemos renovar la Iglesia, sin una nueva teología. Si queremos

reconstruir la Iglesia desde el mundo de los pobres, debemos crear una teología a partir de la fe y espiritualidad de los pobres, a partir de la creatividad religiosa y espiritual de las CEB. La Teología de la Liberación ha sido y es una fuerza espiritual y teórica decisiva en la Iglesia de los Pobres. Debemos mantener y desarrollar esta fuerza para hacer posible, creíble y legítima la Iglesia de los Pobres. ¡En la Teología también está nuestra fuerza!

Un movimiento de base necesita para crecer de un *espacio teórico*. Cada vez que ha surgido un nuevo modelo de Iglesia en la historia, han surgido también los teólogos que le han dado consistencia y legitimidad. San Pablo no solamente predicó el evangelio a los paganos y fundó la Iglesia fuera de los límites del judaísmo, sino también escribió la carta a los Gálatas, a los Romanos, a los Colosenses, etc... para justificar *teóricamente* su nuevo modelo de Iglesia vigente en Jerusalén. Con su teología San Pablo creó el espacio teórico necesario para que se desarrollara la Iglesia en el mundo pagano. Otros teólogos crearon el espacio teórico necesario que hizo posible el surgimiento de la Iglesia en el mundo helenístico antiguo, en el mundo moderno, etc... Si nosotros hoy día, con el mismo derecho y siguiendo la misma tradición, queremos hacer posible el surgimiento de la Iglesia en el mundo de los pobres, debemos crear el espacio teórico necesario para que el nuevo modelo sea legítimo, consistente, inteligible, creíble y aceptable por parte de la Iglesia universal. ¡Aquí está nuestra fuerza!

La fuerza de la reflexión teológica es especialmente necesaria por la *profundidad* y *conflictividad* del nuevo modelo de Iglesia que buscamos construir. Queremos reconstruir la Iglesia a partir de la *profundidad* cultural, religiosa y espiritual del mundo de los oprimidos (indígenas, negros, campesinos, obreros, mujeres); pero este mundo de los oprimidos está en *conflicto* con el sistema de dominación, con toda su lógica opresora, racista, etnocéntrica, y sexista. Debemos ser fieles a la *profundidad* y novedad del mundo de los pobres y también capaces de vivir la *conflictividad* del

mundo de los pobres en la comunión y unidad de la Iglesia. Esto sólo es posible con la fuerza de la producción teológica. Es necesario crear una fuerte corriente teológica en todos los niveles y espacios de la Iglesia de los Pobres. En forma muy especial fortalecer la reflexión teórica en las CEB y en los agentes de pastoral. Es necesario renovar la teología en todas sus disciplinas y áreas de desarrollo. Urge crear un nuevo cuerpo sistemático de teología que sea coherente con el nuevo modelo de Iglesia. Es necesario también dialogar con todas las ciencias humanas (economía, sociología, antropología, sicología, filosofía...) que buscan igualmente dar cuenta de la profundidad y conflictividad del mundo de los pobres y oprimidos. Nada más destructivo que ciertas actitudes pragmáticas anti-teóricas que algunas veces surgen en las CEB y en los agentes de pastoral. Nos dejamos llevar por el basismo, el activismo, el coyunturalismo, y todo esto debilita y oscurece profundamente el nuevo modelo de Iglesia. La experiencia ya nos ha mostrado la fuerza y la eficacia de la Teología de la Liberación en la construcción de la Iglesia de los Pobres. Igualmente hemos observado la pobreza y debilidad teológica de las corrientes restauradoras y conservadoras. Debemos renovar en forma profunda y perseverante la fuerza de la reflexión teológica, en la base, en los agentes de pastoral y en los teólogos. ¡Ahí está nuestra fuerza!

6. Destolonización de la Iglesia y enraizamiento en el Tercer Mundo.

La población mundial en el año 1900 era de 1.600 millones. Hoy día ya somos 5.000 millones y al terminar el siglo la tierra tendrá 6.350 millones de habitantes. Entre 1987 y el año 2000 la humanidad crecerá en 1.350 millones; ese fue más o menos el crecimiento de la humanidad desde el tiempo de Jesús hasta el año 1900. En este siglo se ha dado una explosión demográfica nunca vista en la historia de la humanidad. Pero lo más significativo, es que este crecimiento se ha dado sobre todo en el Tercer

Mundo, es decir, en los países pobres y entre los pobres de todos los países. En el año 2000 el 20% de la humanidad vivirá en el mundo así llamado desarrollado y el 80% en los países subdesarrollados (incluida China). Hoy día, tres de cada cuatro habitantes viven en el Tercer Mundo. A fin de siglo cuatro de cada cinco vivirán en el Tercer Mundo. Pero el Tercer Mundo no es sólo una realidad numérica, es también una realidad humana, religiosa y cultural. Las grandes religiones con tradición escrita (islam, judaísmo, budismo, hinduismo...) son religiones propias del Tercer Mundo. También en el Tercer Mundo tenemos la mayor riqueza cultural indígena, así como una inmensa riqueza en valores y virtudes humanas. El Tercer Mundo es pobre, pero rico en humanidad, religión y cultura.

El siglo XXI (y por qué no decir todo el Tercer Milenio), que comenzará en trece años más, será ciertamente el siglo (y milenio) del Tercer Mundo. Ahí se encontrará numéricamente la humanidad y cualitativamente la mayor riqueza humana, cultural y religiosa del mundo futuro. El cristianismo sólo puede tener futuro y fuerza, si logra enraizarse en este Tercer Mundo. El Cristianismo nació en la Galilea y la Palestina, que era el Tercer Mundo del Imperio Romano. Luego creció entre los más pobres y marginalizados. Pero a partir del siglo XVI se extendió en América Latina, Africa y Asia con la expansión del colonialismo occidental. Esto no impidió la evangelización relativa de muchas regiones y grupos del Tercer Mundo; con mayor éxito en algunos lugares; con fracasos en otros. Pero sociológicamente hablando, el cristianismo tiene un pasado colonial-occidental, cuya marca perdura hasta el presente. Las Iglesias de Asia fueron las que más sufrieron ese pasado y esa marca y por eso son las más lúcidas en denunciar este carácter colonial y occidental dominante del cristianismo. Desde la perspectiva tercermundista, también América Latina está tomando conciencia de sus raíces indígenas y afroamericanas y descubriendo también el carácter colonial-occidental del cristianismo. La Iglesia Católica no podrá nunca enraizarse en el Tercer

Mundo si no supera ese pasado y marca colonial-occidental. No se trata de romper radicalmente con Occidente, pero sí de superar dialécticamente ese pasado colonial para lograr una indigenización o enraizamiento del cristianismo en el Tercer Mundo. El Cristianismo debe reencontrar sus orígenes y su identidad en una perspectiva universal desde el Tercer Mundo, desde los países pobres del mundo y desde los pobres de todo el mundo. La Iglesia sólo puede tener futuro si logra definir su inserción y su misión en el Tercer Mundo donde vive la mayoría de la humanidad y donde se acumula la mayor riqueza humana, cultural y religiosa de la humanidad. Si la Iglesia ignora hoy el Tercer Mundo y no logra enraizarse en él, podría quedar reducida a un recuerdo occidental-colonial del pasado. La descolonización de la Iglesia y su indigenización en el Tercer Mundo no significa necesariamente romper con el Primer Mundo, sino significa entender la universalidad o catolicidad desde una nueva perspectiva. El eje de la catolicidad no pasa por Nueva York, Londres, París, Moscú, Tokio, sino por el corazón de los pueblos del Tercer Mundo con toda su riqueza humana cultural y religiosa.

Asumir el Tercer Mundo como nuevo horizonte de catolicidad y como espacio privilegiado de inserción, implica también asumir la *contradicción fundamental* que vive hoy el Tercer Mundo. Esta contradicción fundamental se da entre los centros de poder ubicados fundamentalmente en el Mundo desarrollado y las *masas pobres y oprimidas* del Mundo; es lo que se llama normalmente *contradicción Norte-Sur*, es una contradicción entre la vida y la muerte, entre las masas del Tercer Mundo que luchan por la *vida* y los centros económicos, financieros, tecnológicos, políticos, culturales, ideológicos de la *muerte* localizados en el mundo desarrollado. La contradicción no es con los pueblos del mundo industrializados, sino con los centros de poder y muerte ubicados en ese mundo. La Iglesia debe ser a nivel mundial cada vez más la *fuerza espiritual de los pobres y pueblos pobres* en su lucha por la vida contra los centros de poder y de muerte. Además de la contradicción *Norte-Sur*, existe la contradicción *Este-Oeste*, pero esta última no es la

más significativa para el Tercer Mundo. Por el contrario, la contradicción *Este-Oeste* ha sido utilizada para encubrir los problemas del Tercer Mundo y justificar su dominación. Se nos quiere obligar a un cierto fatalismo geopolítico, donde la opción por el Oeste significaría necesariamente entrar en contradicción con el Este; y viceversa, la opción por el Este nos obligaría necesariamente a oponernos al Oeste. Se nos presenta la lucha mundial como un enfrentamiento entre "democracia" (Oeste) y "comunismo" (Este); se nos obliga a entrar fatalmente en este enfrentamiento y se nos hace así olvidar la tremenda realidad de muerte del Tercer Mundo. Nosotros optamos por la vida en el Tercer Mundo, y queremos tener la libertad de utilizar lo mejor de occidente y oriente en función de la vida en el Tercer Mundo. Nuestra lucha en el Tercer Mundo no es contra el comunismo, sino contra la pobreza y la miseria.

La Iglesia debe encontrar su fuerza y su futuro en esta nueva concepción del mundo, marcada por la contradicción Norte-Sur, superando el fatalismo geopolítico "Democracia-Comunismo", y así poder indigenizar o enraizarse en las mayorías pobres de la humanidad, con toda su riqueza humana, cultural y religiosa. Su ecumenismo debe ser tercermundista y en este sentido cada día adquiere mayor importancia el diálogo con las religiones no-cristianas del Tercer Mundo, así como la revaloración de las culturas indígenas. En esta descolonización e indigenización está la fuerza universal católica de la Iglesia de los Pobres. Debemos desde ya desarrollar esta fuerza con una visión lúcida del futuro de la humanidad.

Conclusión

A lo largo de este artículo hemos analizado la fuerza existente y posible de la Iglesia de los Pobres; es la fuerza que hace creíble este nuevo modelo de Iglesia. Esta fuerza es fundamentalmente espiritual. La Iglesia de los pobres representa ante todo un nuevo espíritu, una nueva espiritualidad, una nueva conciencia, una nueva teología, una nueva dimensión universal. No se trata fundamentalmente

de un poder institucional, sino de una fuerza espiritual. El modelo de Cristiandad tiene mucho poder, pero poco espíritu; el nuevo modelo de la Iglesia de los Pobres tiene poco poder, pero mucho espíritu. Nosotros creemos que una profunda renovación de la Iglesia será esencialmente una renovación espiritual. Es ahí donde la Iglesia de los Pobres es fuerte y donde tiene realmente su futuro. Debemos evitar los conflictos institucionales, para ganar en el terreno espiritual. Debemos someternos al poder institucional, para crecer ahí donde está nuestra fuerza fundamental: en la espiritualidad liberadora, en la conciencia religiosa popular, en el pueblo oprimido, en las Comunidades Eclesiales de Base, en la creatividad teológica y en nuestro enraizamiento en el Tercer Mundo, con toda su riqueza humana, cultural y espiritual. Ahí está nuestra fuerza. Es necesario ciertamente tener poder institucional para renovar la Iglesia y todo lo que podamos hacer por convertir y renovar la institución es necesario y deseable. Pero no debemos olvidar dónde está nuestra fuerza fundamental y desde dónde podemos renovar la institución. Hoy día todos estamos claros de la necesidad de mantener la *unidad* de la Iglesia, de la necesidad de vivir los conflictos en la *comunidad* de la Iglesia. Creemos que la única manera de ser fieles al *proyecto de una Iglesia de los Pobres y al mismo tiempo ser fieles a la comunión y unidad* de la Iglesia es manteniendo y desarrollando nuestra fuerza espiritual. Si lo que nace del mundo de los pobres y los oprimidos es sobre todo un nuevo espíritu más que una nueva institución, sigamos entonces esta corriente espiritual para reconstruir la Iglesia desde la espiritualidad de los pobres. Ahí está nuestra fuerza. No la perdamos de vista en ningún momento.

Nota:

Tomado de **Christus** (México), nº 622-623, año LIV, febrero-marzo de 1989, pp. 23-32.